

Introducción a la semana

Iniciada ya los últimos días de la semana anterior, la llamada Semana Mayor (17-24 diciembre) prosigue preparándonos para la celebración de la Navidad. Los textos de estos días combinan varios géneros literarios (profecía, historia, literatura sapiencial) para introducirnos en el misterio ya inminente de la venida del Salvador; siempre en sintonía con las lecturas evangélicas, que son las que marcan el itinerario litúrgico de esta última etapa del Adviento.

Así, el anuncio del ángel a María es la culminación de la profecía del Emmanuel ("Dios con nosotros"), que Isaías había proclamado ante un rey pesimista sobre el porvenir de su pueblo. Al visitar a Isabel, María se oye decir: "dichosa tú, porque has creído", como un eco del gozo que expresaba ya la esposa del Cantar de los Cantares o que se le anunció a la Hija de Sión por la proximidad de su Esposo-Señor. En el júbilo agradecido del cántico de María resuena el de la estéril Ana por su hijo tan deseado, fruto de la plegaria y de la gracia. El nacimiento de Juan el Bautista responde a la promesa del mensajero que Dios había de enviar para preparar su venida hasta nosotros. Y finalmente, el cántico de Zacarías ante el nacimiento del Precursor confirma el cumplimiento de lo que Yahvé prometió a David: acompañar siempre a su descendencia como un padre a su hijo.

Lun

24 Dic

Homilía de Natividad del Señor

Año litúrgico 2018 - 2019 - (Ciclo C)

"Gloria a Dios en el cielo, y en la tierra paz"

Introducción

El pueblo que caminaba en tinieblas vio una luz grande. Así comienza la primera de las lecturas de esta noche. Nosotros sabemos que la luz verdadera que viene para iluminar a todas las personas de este mundo es Cristo, el Señor. Hoy celebramos su nacimiento terreno, hoy comienza su misión en la tierra. Sin hacer ruido, sin que se note mucho. En el silencio de la noche nace Dios. ¡Qué gran misterio! Dejemos que este Niño nos hable. Grabemos sus palabras en nuestro corazón, porque este Niño nos enseña lo verdaderamente importante para nuestra vida. Lleva grabados en su rostro los rasgos de la bondad, de la misericordia y del amor de Dios Padre. "Nace en la pobreza del mundo, porque no hay un puesto en la posada para Él y su familia. Encuentra cobijo y amparo en un establo y viene recostado en un pesebre de animales. Y, sin embargo, de esta nada, brota la luz de la gloria de Dios" (Francisco).

Aviso:

El comentario del lunes 24 de diciembre, VIII Feria Mayor de Navidad, se pueden encontrar en este enlace: [VIII Feria Mayor Adviento](#)



Fray Martín Gelabert Ballester
Convento de San Vicente Ferrer (Valencia)

Lecturas

Primera lectura

Lectura del libro de Isaías 9, 1-6

El pueblo que caminaba en tinieblas vio una luz grande; habitaba en tierra y sombras de muerte, y una luz les brilló. Acreciste la alegría, aumentaste el gozo; se gozan en tu presencia, como gozan al segar, como se alegran al repartirse el botín. Porque la vara del opresor, el yugo de su carga, el bastón de su hombro, los quebrantaste como el día de Madián. Porque la bota que pisa con estrépito y la túnica empapada de sangre serán combustible, pasto del fuego. Porque un niño nos ha nacido, un hijo se nos ha dado: lleva a hombros el principado, y es su nombre: «Maravilla de Consejero, Dios fuerte, Padre de eternidad, Príncipe de la paz». Para dilatar el principado, con una paz sin límites, sobre el trono de David y sobre su reino. Para sostenerlo y consolidarlo con la justicia y el derecho, desde ahora y por siempre. El celo del Señor del universo lo realizará.

Salmo

Salmo 95, 1-2a. 2b-3. 11-12. 13 R/. Hoy nos ha nacido un Salvador: el Mesías, el Señor

Cantad al Señor un cántico nuevo, cantad al Señor, toda la tierra; cantad al Señor, bendecid su nombre. R/. Proclamad día tras día su victoria. Contad a los pueblos su gloria, sus maravillas a todas las naciones. R/. Alégrese el cielo, goce la tierra, retumbe el mar y cuanto lo llena; vitoreen los campos y cuanto hay en ellos, aclamen los árboles del bosque. R/. Delante del Señor, que ya llega, ya llega a regir la tierra: regirá el orbe con justicia y los pueblos con fidelidad. R/.

Segunda lectura

Lectura de la carta del apóstol san Pablo a Tito 2, 11-14

Querido hermano: Se ha manifestado la gracia de Dios, que trae la salvación para todos los hombres, enseñándonos a que, renunciando a la impiedad y a los deseos mundanos, llevemos ya desde ahora una vida sobria, justa y piadosa, aguardando la dicha que esperamos y la manifestación de la gloria del gran Dios y Salvador nuestro, Jesucristo, el cual se entregó por nosotros para rescatarnos de toda iniquidad y purificar para sí un pueblo de su propiedad, dedicado enteramente a las buenas obras.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Lucas 2, 1-14

Sucedió en aquellos días que salió un decreto del emperador Augusto, ordenando que se empadronase todo el Imperio. Este primer empadronamiento se hizo siendo Cirino gobernador de Siria. Y todos iban a empadronarse, cada cual a su ciudad. También José, por ser de la casa y familia de David, subió desde la ciudad de Nazaret, en Galilea, a la ciudad de David, que se llama Belén, en Judea, para empadronarse con su esposa María, que estaba encinta. Y sucedió que, mientras estaban allí, le llegó a ella el tiempo del parto y dio a luz a su hijo primogénito, lo envolvió en pañales y lo recostó en un pesebre, porque no había sitio para ellos en la posada. En aquella misma región había unos pastores que pasaban la noche al aire libre, velando por turno su rebaño. De repente un ángel del Señor se les presentó; la gloria del Señor los envolvió de claridad, y se llenaron de gran temor. El ángel les dijo: «No temáis, os anuncio una buena noticia que será de gran alegría para todo el pueblo: hoy, en la ciudad de David, os ha nacido un Salvador, el Mesías, el Señor. Y aquí tenéis la señal: encontraréis un niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre.» De pronto, en torno al ángel, apareció una legión del ejército celestial, que alababa a Dios, diciendo: «Gloria a Dios en el cielo, y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad».

Pautas para la homilía

Esta es una noche muy especial. Pues la noche de Navidad simboliza todo lo hermoso y deseable que hay en el corazón humano: inocencia, cariño, bondad, amabilidad, ternura, sonrisas, alegría, vida y el futuro por delante. Todo está simbolizado en la inocencia de un niño que nace. Con la ventaja, en nuestro caso, de que este niño tiene a Dios en lo más profundo de su ser. Su ser es ser de Dios. Desde entonces la bondad, amabilidad, alegría y vida de lo humano están impregnadas de eternidad. El pasado, el presente y el futuro de este niño es el pasado de todos los humanos (venimos de Dios), el presente de todos ellos (estamos en Dios) y su futuro (estamos hechos para Dios, pues Dios es la meta y el sentido de nuestra vida).

La noche de Navidad recapitula los deseos de paz y entendimiento que anidan en todo ser humano, estos deseos que los avatares de la vida corrompen con demasiada frecuencia. La paz fundamentada en la inocencia, en el mirar al otro sin resquemores, en una espontánea confianza. La paz que es fruto del amor. Y el entendimiento, que se basa en la necesidad que todos tenemos del otro, como el niño que necesita de los demás para nacer, sostenerse en el ser y crecer. Porque los necesita los acoge con naturalidad, y extiende los brazos para acoger y ser acogido.

La noche de Navidad une lo humano con lo divino, reconcilia lo distante, une lo alejado. Dios y el hombre en una sola persona. Y al unir a Dios con el hombre, une a los seres humanos entre sí. Porque si Dios se hace hombre, ser hombre es lo más maravilloso que se puede ser. Si Dios se hace hombre, no es solo porque el hombre tiene capacidad de Dios sino, sobre todo, porque los seres humanos tienen capacidad de amor, están hechos para el amor. Lo humano no es el odio o el rechazo, sino la acogida y el encuentro.

En una noche como esta, Dios tomó la más inaudita y sorprendente decisión que imaginarse pueda: de pronto decidió que no quería ser Dios sin el ser humano. No quiso ser Dios sin nosotros. Eso de que Dios no quiera ser Dios sin el hombre da mucho que pensar. Pero, sobre todo, hay mucho que agradecer. Ahí es donde se demuestra el gran amor que Dios nos tiene, en que quiso hacerse uno de nosotros, como el amante quiere ser siempre como el amado y estar siempre unido al amado.

Esta es una noche que debe disipar todos los miedos y llenarnos de alegría: “no temáis, os traigo la gran noticia, la gran alegría para todo el pueblo”. Si Dios está con nosotros, ¿quién podrá con nosotros, quién podrá quitarnos la alegría, quién podrá dejarnos sin esperanza? Si Dios está con nosotros, ya nunca estaremos solos. Si Dios está con nosotros, nosotros estaremos los unos con los otros, nos abriremos al hermano necesitado, consolaremos al desvalido, ayudaremos al pobre, porque en el necesitado, el pobre y el desvalido veremos la presencia de Dios, que está en él como está en mí.

En esta noche todo es amanecer, todo apunta hacia este sol que nace de lo alto para iluminar a los que viven en tinieblas y en sombras de muerte, para guiar nuestros pasos por el camino de la paz. En esta noche, Dios desvela el rostro oculto de su ser: gracia, amor, misericordia. Por eso, en esta noche importa proclamar que no hay nada más urgente, nada más necesario que conocer y dar a conocer al verdadero Dios, aquel cuya última palabra se pronuncia: Jesucristo. Este es el único nombre que puede salvar; el nombre que, aún sin saberlo, todos buscamos.



Fray Martín Gelabert Ballester
Convento de San Vicente Ferrer (Valencia)

No tenemos publicado Evangelio para niños para este día.

Homilía de Natividad del Señor

Año litúrgico 2018 - 2019 - (Ciclo C)

“El Verbo se hizo carne”

Introducción

Hoy escucharemos en el Evangelio: “la Palabra se hizo carne y acampó entre nosotros”. Es un modo de decir que Dios se hace compañero de viaje, para ser luz y guía de nuestro camino. En la primera lectura, el profeta Isaías hará el elogio de los mensajeros que anuncian “la buena nueva”. En un mundo lleno de ruido, de furor y de sinsentido, un mundo en el que estamos saturados de noticias que no nos interesan, o de noticias que nos enfurecen, nosotros, los que hoy nos hemos reunido para celebrar esta fiesta de Navidad, somos los mensajeros llamados a anunciar la única noticia interesante y decisiva, a saber, que la Palabra se hizo carne, que se trata de una Palabra de vida, que viene para iluminar a todos los seres humanos y, por tanto para que nuestra vida sea plena y abundante (Jn 10,10). Si acogemos esa Palabra, dirá también el Evangelio, seremos hijos de Dios y, por tanto, hermanos los unos de los otros, como hermanos son los hijos del mismo Padre. Una inmensa dignidad y una gran responsabilidad.



Fray Martín Gelabert Ballester
Convento de San Vicente Ferrer (Valencia)

Lecturas

Primera lectura

Lectura del libro de Isaías 52, 7-10

¡Qué hermosos son sobre los montes los pies del mensajero que proclama la paz, que anuncia la buena noticia, que pregon a la justicia, que dice a Sión: «¡Tu Dios reina!». Escucha: tus vigías gritan, cantan a coro, porque ven cara a cara al Señor, que vuelve a Sión. Romped a cantar a coro, ruinas de Jerusalén, porque el Señor ha consolado a su pueblo, ha rescatado a Jerusalén. Ha descubierto el Señor su santo brazo a los ojos de todas las naciones, y verán los confines de la tierra la salvación de nuestro Dios.

Salmo

Salmo 97, 1bcd. 2-3ab. 3cd-4. 5-6 R/. Los confines de la tierra han contemplado la salvación de nuestro Dios

Cantad al Señor un cántico nuevo, porque ha hecho maravillas. Su diestra le ha dado la victoria, su santo brazo. R/. El Señor da a conocer su salvación, revela a las naciones su justicia. Se acordó de su misericordia y su fidelidad en favor de la casa de Israel. R/. Los confines de la tierra han contemplado la salvación de nuestro Dios. Aclama al Señor, tierra entera; gritad, vitoread, tocad. R/. Tañed la cítara para el Señor, suenen los instrumentos: con clarines y al son de trompetas, aclamad al Rey y Señor. R/.

Segunda lectura

Lectura de la carta a los Hebreos 1, 1-6

En muchas ocasiones y de muchas maneras habló Dios antiguamente a los padres por los profetas. En esta etapa final, nos ha hablado por el Hijo, al que ha nombrado heredero de todo, y por medio del cual ha realizado los siglos. Él es reflejo de su gloria, impronta de su ser. Él sostiene el universo con su palabra poderosa. Y, habiendo realizado la purificación de los pecados, está sentado a la derecha de la Majestad en las alturas; tanto más encumbrado sobre los ángeles, cuanto más sublime es el nombre que ha heredado. Pues, ¿a qué ángel dijo jamás: «Hijo mío eres tú, yo te he engendrado hoy»; y en otro lugar: «Yo seré para él un padre, y él será para mí un hijo»? Asimismo, cuando introduce en el mundo al primogénito, dice: «Adórenlo todos los ángeles de Dios».

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Juan 1, 1-18

En el principio existía el Verbo, y el Verbo estaba junto a Dios, y el Verbo era Dios. Él estaba en el principio junto a Dios. Por medio de él se hizo todo, y sin él no se hizo nada de cuanto se ha hecho. En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres. Y la luz brilla en la tiniebla, y la tiniebla no lo recibió. Surgió un hombre enviado por Dios, que se llamaba Juan: éste venía como testigo, para dar testimonio de la luz, para que todos creyeran por medio de él. No era él la luz, sino el que daba testimonio de la luz. El Verbo era la luz verdadera, que alumbra a todo hombre, viniendo al mundo. En el mundo estaba; el mundo se hizo por medio de él, y el mundo no lo conoció. Vino a su casa, y los suyos no lo recibieron. Pero a cuantos lo recibieron, les dio poder de ser hijos de Dios, a los que creen en su nombre. Estos no han nacido de sangre, ni de deseo de carne, ni de deseo de varón, sino que han nacido de Dios. Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros, y hemos contemplado su gloria: gloria como del Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad. Juan da testimonio de él y grita diciendo: «Este es de quien dije: el que viene detrás de mí se ha puesto delante de mí, porque existía antes que yo». Pues de su plenitud todos hemos recibido, gracia tras gracia. Porque la ley se dio por medio de Moisés, la gracia y la verdad nos ha llegado por medio de Jesucristo. A Dios nadie lo ha visto jamás: Dios Unigénito, que está en el seno del Padre, es quien lo ha dado a conocer.

Pautas para la homilía

El evangelio de la Misa de nochebuena, en un estilo narrativo, cuenta los detalles de un nacimiento. El evangelio de la Misa del día es más teológico. La liturgia de nochebuena pone el acento en estas palabras del Símbolo de los Apóstoles: “nació de santa María Virgen”, y cuenta que el nacimiento de Jesús ocurrió en Belén. La clave del evangelio de la Misa del día es una afirmación de fe: “el Verbo se hizo carne”. La Palabra, engendrada antes de todos los siglos, que estaba desde siempre en el seno del Padre, esta Palabra se “encarnó de María, la Virgen, y se hizo hombre” (tal como dice el Credo niceno-constantinopolitano).

En el fondo, tanto el Evangelio de la Misa de esta noche pasada (quizás tuvieron ustedes ocasión de asistir a ella), como el Evangelio que acabamos de escuchar, dicen lo mismo: se puede mirar la Palabra, pues ésta se ha hecho carne. El Dios del que no es posible hacerse ninguna imagen, pues cualquier imagen lo falsearía, este Dios se ha hecho visible en Jesús. En la figura de Jesucristo, en sus palabras, sus obras y su vida toda, en su muerte y gloriosa resurrección, podemos ver la Palabra de Dios. Una Palabra que invita a ser acogida con fe y amor, y por eso, nos da esperanza. Una Palabra que se deja tocar. La Palabra definitiva que viene del Padre para unirse a nuestra humanidad y salvarla.

Al hacerse carne humana, como la de cualquiera de nosotros, la Palabra de Dios, Dios mismo, manifiesta el gran amor que Dios nos tiene. Un amor que, al contrario de nuestros amores, es incondicional. Sin duda, el amor de Dios busca nuestra respuesta, pero no está condicionado por nuestra respuesta: nos ama a pesar de todo. Eso sí, si acogemos ese amor, experimentaremos la alegría de ser hijos de Dios. Los hijos son también herederos. La herencia de los hijos de Dios es la bienaventuranza eterna, la felicidad estable y sin fin que Dios prepara para todos los que le aman. Ahí está un importante motivo de la encarnación: Dios se hace hombre para que el hombre pueda ser hijo de Dios, Dios se hace hombre para abrirnos el camino de la bienaventuranza.

Otro importante motivo de la encarnación es darnos a conocer quién es Dios: “a Dios nadie le ha visto jamás”, dice el evangelio que hemos escuchado. Dios es inaccesible, habita en una luz a la que nadie ha llegado ni podrá llegar nunca, dirá la primera carta a Timoteo (6,16). Pues bien, para que pudiéramos conocer a este Dios inaccesible, Dios vino a nosotros, haciéndose uno de nosotros. De ahí este final del evangelio de hoy: el Hijo único, que está en el seno del Padre, nos ha dado a conocer a Dios. Y, al mismo tiempo que nos ha dado a conocer a Dios, nos ha mostrado un modo nuevo de ser humanos. Al hacerse uno de nosotros, Jesús se ha convertido en nuestro hermano, nuestro hermano mayor. Jesús es el modelo que Dios nos envía, para que, siguiéndole, aprendemos a ser hijos de Dios y a ser hermanos los unos de los otros; en definitiva, para que aprendamos a ser verdaderamente humanos.

La verdadera humanidad está en vivir divinamente. Vivir divinamente no es hacer lo que interesa al capital o al poder, sino lo que le interesa a Dios. Y lo que le interesa a Dios es el ser humano, la dignidad de todos, que haya pan y casa para todos. Dios prefiere más el respeto a las personas que nuestras piadosas devociones. Para llegar a ser divinos no hay que escapar de nuestra humanidad, sino vivirla desde el amor y para el amor.

La encarnación no solo representa la humanización de Dios. Representa igualmente la divinización del hombre. En la encarnación, Dios se ha fundido y confundido con lo humano. Encontramos a Dios en la medida en que nos hacemos más sensibles a todo lo humano, liberándonos de toda deshumanización. Jesús se introduce en el mundo para humanizar. Sus preocupaciones son: la salud de los enfermos, la comida de los pobres y el entendimiento entre los humanos. Para Jesús lo primero es aliviar el dolor de los que sufren.

Dios nos ha creado para ser felices; sólo quiere nuestro bien; por eso le interesa la salud, la educación, el bienestar, la paz, que todos tengan para vivir con dignidad en su familia, que todos disfruten de la vida. En la medida en que nosotros anunciamos, vivimos y realizamos este proyecto humanizador, en esta misma medida nos encontramos con Dios.



Fray Martín Gelabert Ballester
Convento de San Vicente Ferrer (Valencia)

Evangelio para niños

Natividad del Señor - 25 de diciembre de 2018



Nacimiento de Jesús

Lucas 2, 1-14

Descarga la imagen en el tamaño que quieras: [Normal](#) [Grande](#)

Evangelio

En aquellos días salió un decreto del emperador Augusto, ordenando hacer un censo de mundo entero. Este fue el primer censo que se hizo siendo Cirino gobernador de Siria. Y todos iban a inscribirse, cada cual a su ciudad. También José, que era de la casa y familia de David, subió a la ciudad de Nazaret en Galilea a la ciudad de David, que se llama Belén, para inscribirse con su esposa María, que estaba encinta. Y mientras estaban allí le llegó el tiempo del parto y dio a luz a su hijo primogénito, lo envolvió en pañales y lo acostó en un pesebre, porque no tenían sitio en la posada. En aquella región había unos pastores que pasaban la noche al aire libre, velando por turno su rebaño. Y un ángel del Señor se les presentó: La gloria del Señor los envolvió de claridad y se llenaron de gran temor. El ángel les dijo: - No temáis, os traigo la buena noticia, la gran alegría para todo el pueblo, hoy, en la ciudad de David, os ha nacido un Salvador: el Mesías, el Señor. Y aquí tenéis la señal: encontraréis un niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre. De pronto, en torno al ángel, apareció una legión del ejército celestial, que alababa a Dios, diciendo: - Gloria a Dios en el cielo, y en la tierra paz a los hombres que Dios ama.

Explicación

Os traigo una noticia estupenda: hoy, en Belén, os ha nacido un niño, llamado Jesús. Es Dios con nosotros. Y la señal por la que le conoceréis es que está envuelto en pañales y acostado en un pesebre. No os extrañe oír canciones con esta letra: "Paz en la tierra a las personas que Dios ama y alegría grande para Dios en el cielo".

Mié

26

Dic

2018

Evangelio del día

[Cuarta semana de Adviento](#)

Hoy celebramos: **San Esteban (26 de Diciembre)**

“El Espíritu de vuestro Padre hablará por vosotros”

Primera lectura

Lectura del libro de los Hechos de los apóstoles 6, 8-10; 7, 54-59

En aquellos días, Esteban, lleno de gracia y poder, realizaba grandes prodigios y signos en medio del pueblo. Unos cuantos de la sinagoga llamada de los libertos, oriundos de Cirene, Alejandría, Cilicia y Asia, se pusieron a discutir con Esteban; pero no lograban hacer frente a la sabiduría y al espíritu con que hablaba.

Oyendo sus palabras se recomían en sus corazones y rechinaban los dientes de rabia. Esteban, lleno de Espíritu Santo, fijando la mirada en el cielo, vio la gloria de Dios, y a Jesús de pie a la derecha de Dios, y dijo:

«Veo los cielos abiertos y al Hijo del hombre de pie a la derecha de Dios».

Dando un grito estentóreo, se taparon los oídos; y, como un solo hombre, se abalanzaron sobre él, lo empujaron fuera de la ciudad y se pusieron a apedrearlo. Los testigos dejaron sus capas a los pies de un joven llamado Saulo y se pusieron a apedrear a Esteban, que repetía esta invocación:

«Señor Jesús, recibe mi espíritu».

Salmo de hoy

Salmo 30, 3cd-4. 6 y 8ab. 16bc-17 R/. A tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu

Sé la roca de mi refugio,
un baluarte donde me salve,
tú que eres mi roca y mi baluarte;
por tu nombre dirígeme y guíame. R/.

A tus manos encomiendo mi espíritu:
tú, el Dios leal, me librarás;
tu misericordia sea mi gozo y mi alegría.
Te has fijado en mi aflicción. R/.

Librame de los enemigos que me persiguen.
Haz brillar tu rostro sobre tu siervo,
sálvame por tu misericordia. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Mateo 10, 17-22

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos:

«Cuidado con la gente!, porque os entregarán a los tribunales, os azotarán en las sinagogas y os harán comparecer ante gobernadores y reyes por mi causa, para dar testimonio ante ellos y ante los gentiles.

Cuando os entreguen, no os preocupéis de lo que vais a decir o de cómo lo diréis: en aquel momento se os sugerirá lo que tenéis que decir, porque no seréis vosotros los que habléis, sino que el Espíritu de vuestro Padre hablará por vosotros.

El hermano entregará al hermano a la muerte, el padre al hijo; se rebelarán los hijos contra sus padres y los matarán.

Y seréis odiados por todos a causa de mi nombre; pero el que persevere hasta el final, se salvará».

Reflexión del Evangelio de hoy

Señor Jesús, recibe mi espíritu

Ayer celebramos con solemnidad y enorme gozo la Navidad, el “Dios con nosotros”, uno de nosotros. Y hoy nos encontramos de manera sorprendente pasando de la alegría, la sorpresa, el asombro ante la maravilla que no nos atreveríamos ni a soñar, al encuentro con una realidad injusta y cruel.

Lo primero que la Iglesia celebra al día siguiente del nacimiento de Jesús es la fiesta de su primer testigo, Esteban, asesinado -también- por los “representantes” religiosos de su pueblo.

La alegría insospechada de la presencia de Dios entre nosotros no se vive ni se expresa solamente a través de lucecitas, campanas, árboles y villancicos.

Como en un anuncio demasiado precoz, la muerte de Esteban muestra el cumplimiento de lo que Lucas había señalado al comienzo de su evangelio: este niño está colocado de modo que todos en Israel caigan o se levanten; será una bandera discutida... (Lc 2,34). Así, casi al comienzo de los Hechos, el mismo autor nos confirma que el gozo de “haber visto al salvador” se transforma en entrega de la vida.

El texto litúrgico ofrece una muy pequeña parte del relato referido a Esteban. Sería muy interesante leerlo completo en el libro de los Hechos. Nos asombrará el modo en que Lucas va presentando a Esteban como una “copia” de Jesús. No sólo en lo que le sucede, sino en el modo de situarse personalmente ante los representantes de la sinagoga, con una libertad, verdad, valentía, compasión... que recuerdan los rasgos de Jesús.

“Padre, en tus manos encomiendo mi Espíritu” recogió el abandono de Jesús en manos del Padre. En la Nueva Alianza, el primer testigo que entrega su vida hasta el final, la pone en manos de Jesús. Y esa es la invitación para todos. No hace falta esperar al final de la vida, ni perderla de manera cruenta. Hoy, cada día, podemos poner la vida en manos del Señor Jesús. Y de ahí surge el gozo profundo que no podrán arrebatarnos.

No os preocupéis... el Espíritu de vuestro Padre hablará por vosotros

Podríamos decir que la primera lectura que hemos escuchado es una “puesta en escena” de lo que hoy nos propone el Evangelio.

Seguir a Jesús tiene exigencias. O tal vez podemos hablar de consecuencias. No debería extrañarnos tratándose del seguimiento de Jesús. Tampoco podemos imaginarlas como pesadas obligaciones que se nos echan encima. Descubrir con alegría el tesoro del Reino que nos anuncia y ponerse tras Él en el camino acaba generando conflictos.

Pero estos conflictos serán dadores de vida cuando aparezcan en nuestra vida “por su causa”. Y no por nuestras tonterías, equivocaciones o escándalos. De ahí la importancia del discernimiento y la atención permanentes.

Y cuando la vida se nos complique verdaderamente por seguir a Jesús, afrontarlo será posible desde la clave que hoy nos señala el Evangelio: No os preocupéis...

El Espíritu del Señor, presente en nosotros, nos proporciona cuanto necesitamos para transitar los caminos, también cuando estos se hacen tortuosos u oscuros. Sólo es preciso “entrenarse”, ejercitarse cada día en ese abandono de la vida en manos de Dios, sin perder un ápice de nuestra responsabilidad sobre la propia vida.

¡Dejemos al Espíritu hablar en nosotros! Es el modo de dilatar y hacer más profunda la alegría de la Navidad que en estos días celebramos.

¡Muy Feliz Navidad!



Hna. Gotzone Mezo Aranzibia O.P.
Congregación Romana de Santo Domingo

San Esteban

El nombre de Esteban significa «corona». El relato de su vida y de su muerte nos muestra hasta qué punto el nombre correspondía por esta vez a la grandeza heroica del personaje. Esteban pertenece a la primitiva comunidad cristiana de Jerusalén. Tal vez hubiera pasado inadvertido si no hubiera entrado en escena con motivo de un malestar que un día estalló en protestas.

Seguramente había transcurrido todavía muy poco tiempo desde la muerte de Jesús. De hecho, a pesar del mandato explícito del Maestro, todavía no se habían dispersado los doce. La comunidad no era muy grande, pero era ya lo suficientemente numerosa para generar algunos serios motivos de disgusto. El caso es que al multiplicarse los discípulos de Jesús, surgieron algunas quejas entre los grupos de cristianos procedentes del helenismo contra los cristianos de cultura hebrea. Aquéllos alegaban que sus viudas eran desatendidas en la asistencia cotidiana.

Elección y vocación

Así pues, los doce decidieron convocar la asamblea de los discípulos para ver la posibilidad de corregir los abusos. La primera medida adoptada consistió en una distribución de funciones que sin duda se hacía ya esperar. Así pues, los apóstoles dijeron:

«No parece bien que nosotros abandonemos la Palabra de Dios por servir a las mesas. Por tanto, hermanos, buscad de entre vosotros a siete hombres, de buena fama, llenos de Espíritu y de sabiduría, y los pondremos al frente de este cargo; mientras que nosotros nos dedicaremos a la oración y al ministerio de la Palabra, (Hch 6, 2-4).

Aquella propuesta pareció razonable a toda la asamblea y escogieron entre los miembros de la comunidad a siete varones de probada virtud. En primer lugar es mencionado Esteban, del que se dice que era «hombre lleno de fe y de Espíritu Santo». Junto a él aparecen Felipe, Prócoro y Nicanor, así como Timón, Pármenas y Nicolás, prosélito de Antioquía. Una antigua tradición ha vinculado a aquellos elegidos con los primeros 'diáconos' o servidores de la comunidad.

De todos ellos se requería una honestidad reconocida públicamente por todos. Como se puede observar por sus nombres, todos ellos pertenecían al ámbito de la cultura helenista. Ya sólo con esta elección, la comunidad cristiana daba prueba de una cierta apertura a la universalidad. Así pues, los elegidos por la comunidad fueron presentados a los apóstoles y, éstos, habiendo hecho oración, les impusieron las manos. Ese gesto habría de permanecer en la Iglesia como signo de la transmisión de una misión. Aquellas primeras «vocaciones» habían sido suscitadas a la vista de necesidades muy concretas y pasaban por la mediación de la elección de la comunidad. Parece que de ellos se esperaba un correcto servicio para hacer frente a las necesidades de los menos favorecidos, pero también una cierta dedicación a la «palabra».

De pronto, el relato atrae nuestra atención sobre uno de aquellos varones elegidos: Esteban. A lo largo del texto se alude a cuatro tipos de plenitud que adornan su persona. Una de las condiciones que han de acompañar a los elegidos por la comunidad es que estén «llenos de Espíritu y de sabiduría» (Hch 6, 3). Entre ellos se nos presenta a Esteban como un varón «lleno de fe y de Espíritu Santo» (Hch 6, 5), un elogio que no se atribuye a ningún otro de los elegidos. Poco más adelante, se presenta a Esteban como «lleno de gracia y de poder, cualidades carismáticas que lo capacitan para realizar entre el pueblo grandes prodigios y señales (Hch 6, 8). Cuando Esteban termina su discurso, en el que ha realizado una lectura creyente de la historia de su pueblo, se nos presenta una vez más ante los ojos como «lleno del Espíritu Santo» (Hch 7, 55). Esa plenitud del Espíritu es la fuente y la razón de su fe, de su gracia y poder y de su sabiduría, cualidades todas que le harán un testigo válido y decidido del Evangelio ante los judíos de Jerusalén.

Misión y proceso

El texto del libro de los Hechos de los Apóstoles aprovecha ese momento para subrayar que «la Palabra de Dios iba creciendo; en Jerusalén se multiplicó considerablemente el número de los discípulos, y multitud de sacerdotes iban aceptando la fe» (Hch 6, 7).

Pero el panorama religioso de la ciudad era más complejo de lo que se pudiera sospechar. En Jerusalén existía por entonces una sinagoga llamada de los Libertos, en la que se reunían judíos procedentes de diversas partes del imperio y, en concreto de las tierras africanas de Cirene y de Alejandría, así como de las colonias de Cilicia -de donde procedía Saulo- y de Asia, que tenía su capital en Éfeso. Los judíos agrupados en esa sinagoga gozaban de un alto nivel de cultura, conocían bien las escrituras y manejaban con soltura la retórica. Seguros de sí mismos se pusieron a disputar con Esteban sobre la Ley de Moisés y su eficacia para la salvación.

Esteban conocía su lengua, pero su discurso brillaba sobre todo por su unción espiritual: efectivamente, a través de sus palabras se manifestaba la sabiduría que procede del Espíritu. Ante ella, los judíos helenistas tendrían que darse por vencidos, pero no estaban dispuestos a admitirlo. Prefirieron silenciarlo por la fuerza. Lo que no habían logrado con razones trataron de conseguirlo con el engaño. Como repitiendo la vieja estratagema que Jezabel había empleado contra Nabot (1R 21, 10-13), sobornaron a falsos testigos para que acusaran a Esteban de crímenes que se condenaban con la muerte. Habían de testificar diciendo: «Nosotros hemos oído a éste pronunciar palabras blasfemas contra Moisés y contra Dios» (Hch 6, 11).

Identificar los propios proyectos con la causa misma de Dios suele dar un resultado infalible. Con ello, los judíos helenistas lograron amotinar al pueblo, a los ancianos y a los escribas y, en medio del tumulto, prendieron a Esteban y le condujeron al Sanedrín. Curiosamente, las acusaciones que esgrimen contra él recuerdan las que poco antes habían sido presentadas para tratar de justificar la muerte de Jesús. En efecto, presentaron algunos testigos falsos que declararon abiertamente:

Este hombre no para de hablar en contra del Lugar Santo y de la Ley; pues le hemos oído decir que Jesús, ese Nazareno, destruiría este Lugar y cambiaría las costumbres que Moisés nos ha transmitido» (Hch 7, 13-14).

Como suele ocurrir en toda acusación, algo había de verdad en aquellas palabras, a pesar de que estaban sacadas de todo contexto. Jesús era ya venerado como el nuevo santuario de Dios y su vida y su doctrina se habían convertido en normativas para sus seguidores. La falsedad consistía en entender la primera afirmación como una invitación a destruir el Templo de Jerusalén y en explicar la segunda como si el mismo Jesús no hubiera venido a asumir y dar cumplimiento a la Ley de Moisés.

El redactor del texto no deja de incluir en este punto un inciso admirable: 'Fijando en él la mirada todos los que estaban sentados en el Sanedrín, vieron su rostro como el rostro de un ángel» (Hch 6, 15).

Discurso y testimonio

Los discursos que encontramos en el libro de los Hechos de los Apóstoles han de ser leídos e interpretados teniendo en cuenta ese género literario, tan común en la literatura de su tiempo. El discurso del héroe no refleja exactamente sus palabras, pero constituye una elaborada reflexión sobre el sentido de sus acciones y proyectos. Así ocurre con el discurso que se pone en boca de Esteban.

El proceso propiamente dicho es interesante por ese discurso. Bastó una pregunta del sumo sacerdote para que Esteban, sin detenerse a desmentir aquellas acusaciones que los falsos testigos lanzaban contra él, pasase a trazar a grandes rasgos la historia de Israel.

Ante los oídos del auditorio hace desfilar el recuerdo de los grandes patriarcas: Abrahán, Isaac y Jacob. La evocación de José, vendido por sus hermanos, introduce a los oyentes en el escenario de Egipto y en la memoria de la esclavitud. Después es el turno de Moisés, el libertador incomprendido por su propio pueblo. Tras la revelación de Dios en la zarza ardiente, Moisés es enviado por Dios como jefe y redentor.

Esteban introduce una digresión intencionada para recordar que el pueblo de Israel, peregrino por el desierto, contaba con la Tienda del Testimonio y que sólo Salomón logró construir el Templo, aunque el Altísimo no habita en casas hechas por mano de hombre», como habían dicho los profetas (Hch 7, 48). El mensaje que transmiten estas palabras es fácilmente comprensible. Si el pueblo de Dios había vivido tanto tiempo sin un templo, ¿por qué ahora se escandaliza el Sanedrín de que Dios haya decidido prescindir del Templo de Jerusalén?

De todas formas, el recuerdo de los profetas parece encender el corazón de Esteban y le sirve de puente para acercarse definitivamente a la figura del Mesías Jesús, a la que estaba orientado todo el discurso:

Duros de cerviz, incircuncisos de corazón y de oídos! ¡Vosotros siempre resistís al Espíritu Santo! ¡Como vuestros padres, así vosotros! ¿A qué profeta no persiguieron vuestros padres? Ellos mataron a los que anunciaban de antemano la venida del Justo, de aquel a quien vosotros ahora habéis traicionado y asesinado; vosotros que recibisteis la Ley por mediación de ángeles y no la habéis guardado» (Hch 7, 51-53).

Así pues, dos fueron los temas tocados por Esteban que encendieron la ira de sus adversarios: el recuerdo de las continuas infidelidades de Israel a su vocación de Pueblo de la Alianza y el papel relativo que él parecía atribuir al Templo de Jerusalén. Todavía faltaba una tercera afirmación que muy pronto iban a escuchar de los labios de Esteban. Y entonces, su suerte estaría definitivamente echada.

Muerte y martirio

Lleno del Espíritu Santo que lo había guiado en su ministerio y había inspirado sus palabras, Esteban miró fijamente al cielo y vio la gloria de Dios y a Jesús que estaba en pie a la diestra de Dios. Se cumplía así la palabra que Jesús había pronunciado también ante el Sanedrín (Mt 26, 64) atribuyéndose la antigua profecía de Daniel sobre el «Hijo del hombre» (Dn 7, 13). Efectivamente, para Esteban se hacían ya realidad las promesas sobre los tiempos escatológicos. El Maestro al que había seguido y del que había dado testimonio se le hacía visible como Señor de la historia: «Estoy viendo los cielos abiertos y al Hijo del hombre que está en pie a la diestra de Dios» (Hch 7, 56).

Ninguna blasfemia era comparable a ésta para el Sanedrín. Ante sus mismos ojos, el hombre de Nazaret, al que habían condenado poco antes como un peligro para la unidad religiosa y para la seguridad social de su pueblo, era proclamado, sin temor a la muerte, como el Mesías prometido. Tal anuncio era una denuncia del antiguo régimen de Israel que ellos se empeñaban en mantener en pie.

La reacción de los oyentes era más que previsible. Al oír esto, sus corazones se consumían de rabia y rechinaban sus dientes contra Esteban. Gritando fuertemente, se taparon sus oídos y se precipitaron todos a una sobre Esteban; le echaron fuera de la ciudad, como habían hecho con Jesús y empezaron a apedrearle (Hch 7, 57-58). También Esteban, como había ocurrido con Jesús, era asesinado a las afueras de la ciudad, al igual que fuera de la ciudad eran quemados los cuerpos de los animales sacrificados en la fiesta de la Expiación. Exiliado de su pueblo, Esteban se convertía en paradigma de los cristianos, que expulsados del campamento, viven como quien no tiene aquí ciudad permanente (cf. Hb 13, 12).

En este momento de la narración, el texto añade que los testigos de aquella ejecución pusieron sus vestidos a los pies del joven Saulo (Hch 7, 58), que aprobaba su muerte (Hch 8, 1).

Mientras le apedreaban, Esteban hacía esta invocación: «Señor Jesús, recibe mi espíritu» (Hch 7, 59). Evidentemente, el texto subraya la similitud de la actitud y de la oración de Esteban con la de Jesús (cf. Lc 23, 46). Ambos culminan su vida con la oración del salmo 31. Pero Esteban dirige su oración al que era para él modelo de toda oración y era ya para los suyos el destinatario de la misma. Después de esto, dobló las rodillas y, repitiendo de nuevo el gesto magnánimo de su Maestro (cf. Lc 23, 24), dijo con fuerte voz: «Señor, no les tengas en cuenta este pecado». Y diciendo esto, se durmió. Después de aquel asesinato, unos hombres piadosos sepultaron a Esteban e hicieron gran duelo por él (Hch 8, 2). Debía de ser el año 36 de la era cristiana.

El lugar del martirio ha sido tradicionalmente localizado en el valle del Cedrón, cerca de las murallas orientales de Jerusalén, donde se alza una pequeña iglesia greco-ortodoxa. Una antigua tradición, que se refiere a una revelación recibida el año 415 por el presbítero Luciano, afirma que sus restos estuvieron sepultados en Gafar Gamala —a unos treinta km. de Jerusalén—. San Agustín se refiere a su reciente descubrimiento y alude a la enorme devoción popular que concitaban.

Posteriormente, sus restos habrían sido devueltos a la Ciudad Santa y colocados en la iglesia edificada en el siglo V por la emperatriz Eudoxia. Sobre el solar de aquella iglesia bizantina, construida al Norte de la ciudad, cerca de la puerta de Damasco, se levanta hoy la iglesia de San Esteban, abrigada por el recinto de la Escuela Bíblica, que fundó el sabio dominico José M.a Lagrange.

José-Román Flecha Andrés

Jue
27
Dic
2018

Evangelio del día

[Cuarta semana de Adviento](#)

Hoy celebramos: **San Juan Evangelista (27 de Diciembre)**

“Eso que hemos visto y oído os lo anunciamos”

Primera lectura

Comienzo de la primera carta del apóstol san Juan 1, 1-4

Queridos hermanos:

Lo que existía desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros propios ojos, lo que contemplamos y palparon nuestras manos acerca del Verbo de la vida; pues la Vida se hizo visible, y nosotros hemos visto, damos testimonio y os anunciamos la vida eterna que estaba junto al Padre y se nos manifestó.

Eso que hemos visto y oído os lo anunciamos, para que estéis en comunión con nosotros y nuestra comunión es con el Padre y con su Hijo Jesucristo. Os escribimos esto, para que nuestro gozo sea completo.

Salmo de hoy

Salmo 96, 1-2. 5-6. 11-12 R/. Alegraos, justos, con el Señor

El Señor reina, la tierra goza,
se alegran las islas innumerables.
Tiniebla y nube lo rodean,
justicia y derecho sostienen su trono. R/.

Los montes se derriten como cera ante el Señor,
ante el Señor de toda la tierra;
los cielos pregonan su justicia,
y todos los pueblos contemplan su gloria. R/.

Amanece la luz para el justo,
y la alegría para los rectos de corazón.
Alegraos, justos, con el Señor,
celebrad su santo nombre. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Juan 20, 1a. 2-8

El primer día de la semana, María la Magdalena echó a correr y fue donde estaban Simón Pedro y el otro discípulo, a quien Jesús amaba, y les dijo: «Se han llevado del sepulcro al Señor y no sabemos dónde lo han puesto».

Salieron Pedro y el otro discípulo camino del sepulcro. Los dos corrían juntos, pero el otro discípulo corría más que Pedro; se adelantó y llegó primero al sepulcro; e, inclinándose, vio los lienzos tendidos; pero no entró.

Llegó también Simón Pedro detrás de él y entró en el sepulcro: vio los lienzos tendidos y el sudario con que le habían cubierto la cabeza, no con los lienzos, sino enrollado en un sitio aparte.

Entonces entró también el otro discípulo, el que había llegado primero al sepulcro; vio y creyó.

Reflexión del Evangelio de hoy

A un paso de la fe

Tradicionalmente se ha identificado el autor o autores de esta carta con figura del apóstol Juan. Este extracto de la carta pertenece al prólogo que se presenta como testimonio apostólico que confiesa la fe en Jesucristo, Hijo de Dios venido en carne, y a la vez invita a permanecer en la fe, en la doctrina recibida y en el

amor a Dios y los hermanos.

El prólogo proclama el anuncio de la salvación e invita a la comunión con el Padre y con el Hijo: *"pues la Vida se hizo visible, y nosotros hemos visto, damos testimonio y os anunciamos la vida eterna que estaba junto al Padre... para que estéis en comunión con nosotros y nuestra comunión es con el Padre y con su Hijo Jesucristo"*.

Una comunión de amor con Dios, una comunión de amor con los hermanos. A veces, se necesita recordar que nuestra misión es más creíble si vivimos la comunión con Dios y la Iglesia. Sin embargo, en ocasiones se ha entendido la comunión como un sometimiento, y me pregunto si ha de ser así.

El someter lleva implícito una visión negativa del pensamiento y la acción de una persona, puede llegar hasta la humillación. En el someter se subordina el juicio, la decisión o el afecto propios a los de otra persona. Sin embargo, para estar en comunión necesito mi propia identidad personal, y tú necesitas saber identificarme como tal, saber quién soy yo; la comunión entendida como sometimiento resulta una contradicción.

En el someter deja entrever incluso la propia inseguridad personal respecto a otra persona diferente a mí. Si para tener autoridad necesito del sometimiento entonces tengo un grave problema de inseguridad. Para tener autoridad no hace falta vivir a costa del sometimiento. Al contrario, todo testimonio y toda autoridad se desprende de la vida, de la ejemplaridad que podamos dar a los demás porque hemos creído y han podido ser testigos de mi vida, de mi amor y de mi fe.

Necesitamos personas creyentes, no sumisas. Personas que se han adherido conscientemente a la fe y que quieran, en unión con los demás, dar testimonio del amor. Incluso, me atrevería a decir que en el someter se falta a la caridad, y se falta al respeto, por no considerar a la otra persona capaz de pensar y dar testimonio con su propia madurez en la fe.

Necesitamos de personas capaces de amar por sí mismas y de creer por sí mismas, responsables de su fe y su formación espiritual, que sepan dar razones de su esperanza.

Nos puede pasar en la fe como al discípulo que corría junto a Pedro, tras oír el testimonio de María Magdalena sobre el sepulcro vacío. Podemos echarnos a correr; incluso, podemos querer llegar los primeros; pero, en el momento de la verdad, cuando llega la hora de comprobar la verdad, nos entra miedo, nos quedamos a un paso de la verdad para empezar a creer. Nos resistimos a creer. Y detrás de ese paso está la vida entera.

¿Qué nos ocurre a los cristianos? ¿Por qué nos quedamos a un paso de la fe, del gran acontecimiento de la vida, de la alegría, de la verdad? ¿Qué le ocurre a la sociedad? ¿Por qué no despierta de su letargo y prefiere que en su horizonte permanezca el odio en lugar de la posibilidad de amar?

El acontecimiento del discípulo, su propio testimonio, fue que venció su miedo, dio un paso adelante y entró en el sepulcro. Y comprobó por sí mismo que estaba vacío. Dice el Evangelio que fue entonces cuando creyó. Porque nadie puede delegar en nadie ese paso crucial que necesita una persona para creer. Ni la tradición, ni ninguna autoridad puede sustituirnos en la libertad para creer.



Fray Alexis González de León O.P.
Convento de San Pablo y San Gregorio (Valladolid)

San Juan Evangelista

Hermano de Santiago e hijos del Zebedeo. Uno de los tres predilectos de Jesús entre los Doce. En el libro de los Hechos de los Apóstoles aparece siempre junto a Pedro (3-4; 8). Pablo lo considera como una de las tres columnas de la Iglesia: -Santiago, Cefas y Juan, que pasan por ser las columnas (Ga 2, 9), era considerado como el autor del Evangelio que lleva su nombre. De momento lo que mantenemos es que era evangelista. Entre los griegos la palabra designaba al anunciador de oráculos. En el Nuevo Testamento se aplica al anunciador de la Buena Noticia del Evangelio. Se impuso muy pronto en la Iglesia llamar evangelistas a los autores de los Evangelios. La revisión a la que debe ser sometida la palabra en cuestión obedece a que ninguno de los Evangelios ha salido de una única pluma ni de una única vez.

En los cuatro se detectan fácilmente vestigios de composición – distintas fases por las que pasaron antes de llegar al estado adulto en que hoy los poseemos- y un crecimiento progresivo que pone de manifiesto la maduración creciente fe cristiana y su confrontación con el entorno cultural en el que vivían las comunidades cristianas. Los evangelistas son portavoces de la fe de dichas comunidades y, como tales, revisores y adaptadores de la misma frente a las nuevas circunstancias, favorables o adversas, que iban surgiendo. Los evangelios crecieron constantemente hasta el momento de su fijación definitiva por escrito. [...]

[...] Hoy se sigue hablando del Evangelio según San Juan y, consiguientemente, del evangelista Juan. Pero la obra, el cuarto Evangelio, es considerado como un documento teológico en forma de Evangelio que ha sido colocado bajo el patrocinio de San Juan Apóstol. Y San Juan Evangelista es la figura representativa a la que se acude como avalista del documento teológico más valioso del Nuevo Testamento. Mantenemos tanto el nombre como el título que lleva por razones tradicionales.[...]

Testigo de la fe original

[...] El autor del cuarto Evangelio no pertenece ya a la generación apostólica. Juan Evangelista -seguimos reservando este título para el autor del Evangelio- siente la distancia que le separaba del Jesús histórico y reflexiona sobre la misma con mayor intensidad que lo hicieron los sinópticos. Su reflexión se centra en dos momentos trascendentales: en la vida de Jesús y en la época posterior en que él vive. Y no debemos pensar que al evangelista le interese muy poco el Jesús histórico. Lo que pretende el evangelista es unir o armonizar ambos momentos, de tal manera que el primero -el relativo al Jesús histórico- siga siendo el fundamento del segundo y que éste se desarrolle profundamente, en admirable «inculturación», desde aquél.

El protagonista de su Evangelio es un viviente, ausente corporalmente de la comunidad y, al mismo tiempo, presente en ella y determinante de su vida. Los discursos de Jesús son, más bien, discursos sobre Jesús; las discusiones de Jesús con sus contemporáneos se convierten en las discusiones sobre Jesús, protagonizadas por el cristianismo naciente con el judaísmo que se le había enfrentado de forma violenta. Juan Evangelista se interesa por Jesús no como historiador, sino como cristiano y creyente, como teólogo, teniendo en cuenta la cultura y mentalidad tan distintas de sus nuevos destinatarios a los que había que hablarles en el lenguaje que ellos entendiesen. [...]

Felipe F. Ramos

Vie
28
Dic
2018

Evangelio del día

[Cuarta semana de Adviento](#)

Hoy celebramos: **Santos Inocentes (28 de Diciembre)**

“Levántate, coge al niño y a su madre y huye a Egipto”

Primera lectura

Lectura de la primera carta del apóstol san Juan 1, 5 – 2, 2

Queridos hermanos:

Este es el mensaje que hemos oído de Jesucristo y que os anunciamos: Dios es luz y en él no hay tiniebla alguna. Si decimos que estamos en comunión con él y vivimos en las tinieblas, mentimos y no obramos la verdad. Pero, si caminamos en la luz, lo mismo que él está en la luz, entonces estamos en comunión unos con otros, y la sangre de su Hijo Jesús nos limpia de todo pecado.

Si decimos que no hemos pecado, nos engañamos y la verdad no está en nosotros. Pero, si confesamos nuestros pecados, él, que es fiel y justo, nos perdonará los pecados y nos limpiará de toda injusticia.

Si decimos que no hemos pecado, lo hacemos mentiroso y su palabra no está en nosotros.

Hijos míos, os escribo esto para que no pequéis. Pero, si alguno peca, tenemos a uno que abogue ante el Padre: a Jesucristo, el Justo. Él es víctima de propiciación por nuestros pecados, no solo por los nuestros, sino también por los del mundo entero.

Salmo de hoy

Salmo 123, 2-3. 4-5. 7b-8 R/. Hemos salvado la vida, como un pájaro de la trampa del cazador

Si el Señor no hubiera estado de nuestra parte,
cuando nos asaltaban los hombres,
nos habrían tragado vivos:
tanto ardía su ira contra nosotros. R/.

Nos habrían arrollado las aguas,
llegándonos el torrente hasta el cuello;
nos habrían llegado hasta el cuello
las aguas espumantes. R/.

La trampa se rompió,
y escapamos.
Nuestro auxilio es el nombre del Señor,
que hizo el cielo y la tierra. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Mateo 2, 13-18

Cuando se retiraron los magos, el ángel del Señor se apareció en sueños a José y le dijo:

«Levántate, toma al niño y a su madre y huye a Egipto; quédate allí hasta que yo te avise, porque Herodes va a buscar al niño para matarlo».

José se levantó, tomó al niño y a su madre, de noche, se fue a Egipto y se quedó hasta la muerte de Herodes para que se cumpliese lo que dijo el Señor por medio del profeta:

«De Egipto llamé a mi hijo».

Al verse burlado por los magos, Herodes montó en cólera y mandó matar a todos los niños de dos años para abajo, en Belén y sus alrededores, calculando el tiempo por lo que había averiguado de los magos.

Entonces se cumplió lo dicho por medio del profeta Jeremías:

«Un grito se oye en Ramá, llanto y lamentos grandes; es Raquel que llora por sus hijos y rehúsa el consuelo, porque ya no viven».

Reflexión del Evangelio de hoy

Levantarse una y otra vez, sin miedo

San Juan nos invita a ser Luz con Cristo. Muchas veces caemos en la desesperación, no nos creemos capaces de salir del fango y parece que olvidamos que siempre hay una mano tendida a la espera de que la tomemos: la de nuestro Padre del Cielo. No debemos olvidarnos nunca de la infinita Misericordia de Dios. Cristo nos lo dijo una y otra vez.

Una vez me dijo mi confesor, ante mi desesperación por mis caídas: “Nunca te canses de pedir perdón” Y tenía toda la razón. La naturaleza humana tiene debilidades pero ahí tenemos a Jesús enseñándonos el camino a seguir y animándonos a ser luz con Él. “No pequéis... pero si alguno peca, tenemos a uno que abogue ante el Padre: a Jesucristo, el Justo”

Tenemos que ser sinceros con nosotros mismos, conocer nuestras debilidades y ponernos en manos de Dios.

Un grito de esperanza debe recorrer el mundo

El Evangelio de hoy nos presenta unos temas que no pueden ser más de actualidad. La emigración, las muertes injustas, las persecuciones, la ambición de poder... Poco ha cambiado el mundo en 2.000 años. Los hombres repetimos una y otra vez los mismos errores, las mismas injusticias.

Vemos como la Sagrada Familia tiene que huir de su tierra por el afán de poder de Herodes. Serán emigrantes en tierra extraña. No sabemos cómo fue su vida en Egipto pero no tuvo que ser fácil, ellos venían de un país pequeño a una de las grandes potencias de la época. Tras de sí dejaban hogar, familia, amigos... ¿Os suena? ¿No lo veis todos los días en las noticias? ¿No veis a vuestros hermanos muriendo en el mar en busca de un futuro? ¿No veis esas caravanas de seres humanos llamando a las puertas del llamado primer mundo? ¿No veis morir a inocentes cada día en las costas? ¿No veis en vuestras calles a hombres y mujeres con la mirada entristecida? Unas veces será la política, otras el hambre, quizá el huir de una realidad que no tiene futuro ¿Y qué hacemos? ¿Cómo les recibimos?

Un rastro de muerte injusta queda tras la huida a Egipto, niños inocentes asesinados sin motivo, niños a los que llamamos Santos porque lo son: los primeros que dieron su vida por Cristo aun sin saberlo. Víctimas de la más atroz de las injusticias. Es bueno que en estos días de la Navidad los tengamos presentes, tanto a aquellos de los tiempos de Jesús como a los actuales: niños de la calle, víctimas de las pandillas, infelices caídos en las redes de la prostitución cuando deberían estar jugando, inocentes atrapados en guerras que no entienden, a veces inmolados con explosivos por no sabemos qué ideas absurdas. Santos

inocentes.

Solo la fuerza de la Palabra, la puesta en práctica de las enseñanzas de Jesús, puede salvar esas vidas que nos miran desde el otro lado de las vallas y cuya única esperanza somos nosotros. Tengamos la fe y la fuerza para tenderles nuestra mano.



D. Luis Maldonado Fernández de Tejada, OP
Fraternidad Laical de Santo Domingo, de Almagro

Hoy es: Santos Inocentes (28 de Diciembre)

Santos Inocentes

Mateo (2, 16-18), dentro del evangelio de la infancia de Jesús y con el estilo midrásico que caracteriza a los dos primeros capítulos de este Evangelio, refiere la muerte de los niños inocentes de Belén. Fue una consecuencia de la actitud de los magos de Oriente que, avisados en sueños, regresaron a su patria sin volver a Jerusalén conforme a la indicación que les había hecho Herodes. Éste, al verse defraudado, con la intención de hacer morir al nacido «Rey de los judíos», da orden de matar a todos los niños inferiores a dos años en Belén y su comarca.

La actitud de Herodes

No tenemos constancia de este episodio en las fuentes históricas extrabíblicas, que sólo refiere, entre los evangelistas, San Mateo. Pero sí de los numerosos y horrendos crímenes llevados a cabo por Herodes, ante los cuales sería de menor relevancia la muerte de los niños de Belén. Según el testimonio del historiador judío Flavio Josefo, hizo matar a las siguientes personas: a su yerno José; a Salomé; a Hircano II, sumo sacerdote; a Mariamme, asmonea, su mujer, a quien amaba extraordinariamente; a Aristóbulo, hermano de ésta; a Alejandra, hermana de éstos; a sus propios hijos, Alejandro, Aristóbulo y Antípatro (a éste, cinco días antes de su muerte); a Kostobaro, noble idumeo; a otra mujer llamada Salomé; a Bagoas y a todos los siervos que habían concebido esperanzas mesiánicas. Hizo encerrar en el anfiteatro de Jericó a todos los personajes importantes de la ciudad, dando orden de que fuesen muertos a flechazos el día de su muerte (lo que no se cumplió) (cf. Antq. XVII, 1, 1; 2, 4; 3, 3. De bello jud., 28, 6; 29, 1).

Macrobio (siglo V) recuerda las palabras de Augusto al saber que Herodes había mandado matar a su propio hijo: «Vale más ser el cerdo (hys) de Herodes que su hijo (huión)» (advierte que los judíos no comían carne de cerdo). J. Klausner, judío, profesor de la Universidad hebrea de Jerusalén, caracteriza la historia de Herodes como una historia de «matanzas, confiscación de propiedades, duros tributos y desprecio de la Ley... Gota a gota Herodes drenó la sangre de los judíos durante los treinta y tres años de su gobierno. Raramente pasaba un día sin que alguien fuese ajusticiado» (Jesús de Nazaret. Su vida, tiempos y enseñanza. Buenos Aires, Edic. Paidós, p. 144). Podemos concluir que «Herodes es el prototipo de todos los opresores que asesinan sólo por miedo a perder un ápice de poder. En los inocentes de Belén vemos una realidad que siglo tras siglo, década tras década, empaña la historia de la humanidad y se torna en rostros concretos, independientes de las razas o religiones... Los santos inocentes están vivos hoy y siguen mostrándonos sus rostros perseguidos» (P. I. Fraile Yécora).

La Iglesia venera a los Santos Inocentes como los primeros mártires que tuvieron que derramar su sangre a causa de Cristo. Dice San Agustín que con razón pueden considerarse como las primicias de los mártires los que, como tiernos brotes, se helaron al primer soplo de la «persecución», ya que perdieron su vida no sólo por Cristo, sino en lugar de Cristo (cf. De Sanctis. Sermo CCXX. PL 39. 2i52). Los santos padres celebran su martirio con grandes alabanzas. Su celebración litúrgica estuvo unida en el siglo IV con la fiesta del nacimiento de Cristo. En Occidente en el siglo V se asocia también a la de la Epifanía del Señor. Parece fue en ese siglo cuando se instituyó una conmemoración propia de los santos inocentes. En Roma y África se fijó como fecha de tal celebración el 28 de diciembre y en la liturgia moráabe el día 6 de enero.

Gabriel Pérez Rodríguez

Sáb
29
Dic
2018

Evangelio del día

[Cuarta semana de Adviento](#)

“Quien ama a su hermano permanece en la luz”

Primera lectura

Lectura de la primera carta del apóstol san Juan 2,3-11:

Queridos hermanos:

En esto sabemos que conocemos a Jesús: en que guardamos sus mandamientos.

Quien dice: «Yo le conozco», y no guarda sus mandamientos, es un mentiroso, y la verdad no está en él. Pero quien guarda su palabra, ciertamente el amor de Dios ha llegado en él a su plenitud.

En esto conocemos que estamos en él.

Quien dice que permanece en él debe caminar como él caminó.

Queridos míos, no os escribo un mandamiento nuevo, sino el mandamiento antiguo que tenéis desde el principio. Este mandamiento antiguo es la palabra que habéis escuchado.

Y, sin embargo, os escribo un mandamiento nuevo —y esto es verdadero en él y en vosotros—, pues las tinieblas pasan, y la luz verdadera brilla ya.

Quien dice que está en la luz y aborrece a su hermano está aún en las tinieblas. Quien ama a su hermano permanece en la luz y no tropieza. Pero quien aborrece a su hermano está en las tinieblas, camina en las tinieblas, no sabe adónde va, porque las tinieblas han cegado sus ojos.

Salmo de hoy

Salmo 95,1-2a.2b-3.5b-6 R/. Alégrese el cielo, goce la tierra

Cantad al Señor un cántico nuevo,
cantad al Señor, toda la tierra;
cantad al Señor, bendecid su nombre. R/.

Proclamad día tras día su victoria.
Contad a los pueblos su gloria,
sus maravillas a todas las naciones. R/.

El Señor ha hecho el cielo;
honor y majestad lo preceden,
fuerza y esplendor están en su templo. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Lucas 2,22-35

Cuando se cumplieron los días de la purificación, según la ley de Moisés, los padres de Jesús lo llevaron a Jerusalén para presentarlo al Señor, de acuerdo con lo escrito en la ley del Señor: «Todo varón primogénito será consagrado al Señor», y para entregar la oblación, como dice la ley del Señor: «un par de tórtolas o dos pichones.»

Había entonces en Jerusalén un hombre llamado Simeón, hombre justo y piadoso, que aguardaba el consuelo de Israel; y el Espíritu Santo estaba con él. Le había sido revelado por el Espíritu Santo que no vería la muerte antes de ver al Mesías del Señor. Impulsado por el Espíritu, fue al templo.

Y cuando entraban con el niño Jesús sus padres para cumplir con él lo acostumbrado según la ley, Simeón lo tomó en brazos y bendijo a Dios diciendo:

«Ahora, Señor, según tu promesa,
puedes dejar a tu siervo irse en paz.
Porque mis ojos “han visto a tu Salvador”,
a quien has presentado ante todos los pueblos:
“luz para alumbrar a las naciones”
y gloria de tu pueblo Israel».

Su padre y su madre estaban admirados por lo que se decía del niño. Simeón los bendijo, y dijo a María, su madre:

«Este ha sido puesto para que muchos en Israel caigan y se levanten; y será como un signo de contradicción —y a ti misma una espada te traspasará el alma—, para que se pongan de manifiesto los pensamientos de muchos corazones».

Reflexión del Evangelio de hoy

Quien ama a su hermano permanece en la luz y no tropieza

Para entender las primeras palabras de San Juan hay que tener en cuenta que en su tiempo había una corriente filosófica-religiosa que daba una importancia capital al conocimiento, de tal manera que afirmaba que el solo conocimiento de Dios era suficiente para la salvación. San Juan, como es normal, normal cristiano, rechaza esta doctrina. “Quien dice: Yo lo conozco y no guarda sus mandamientos es un mentiroso y la verdad no está en él”. La postura de Jesús a este respecto es bien clara: “Por sus frutos los conoceréis”. El pueblo fiel, con su sencilla y profunda sabiduría, tiene otro dicho que refleja lo mismo: “obras son amores y no buenas razones”. Quien dice conocer a Jesús y no le sigue con sus obras no es cristiano. Quien no vive el mandamiento del amor al hermano “está aún en las tinieblas”. El cristiano es el que vive el mandamiento siempre nuevo del amor. Ese “permanece en la luz y no tropieza”. Ese es el camino que debemos seguir.

Será como una bandera discutida

María, fiel judía, y poco a poco “cristiana”, cumple la ley de Moisés con el rito de su purificación y con la presentación de Jesús en el Templo. Pero el personaje que más destaca en este fragmento evangélico es el anciano Simeón, “hombre honrado y piadoso que aguardaba el consuelo de Israel”, al que el Espíritu Santo le había hecho la promesa de “que no vería la muerte antes de ver al Mesías del Señor”. Experimenta un profundo gozo al contemplar al Mesías y poderlo llevar en sus brazos, al que proclama Salvador y luz para todas las naciones. Lógica la intensa alegría de Simeón. Hablando de sentimientos, tanto José como María no salían de su asombro, “estaban admirados por lo que se decía del niño”.

María siguió admirándose, ahora con tono negativo, ante las nuevas palabras de Simeón, que resumió la vida y misión de Jesús: “será como una bandera discutida; así quedará clara la actitud de muchos corazones. Y a ti, una espada te traspasará el alma”. Así fue Jesús en su tiempo y siguió siéndolo a lo largo de la historia hasta nuestros días: “bandera discutida”. Unos con profunda alegría y emoción le aceptarán, le aceptamos, nombrándole nuestro Dios y Señor y Amigo, “nuestra vida”, y otros le rechazaron y le crucificaron en su tiempo y hoy día otros le siguen matando, no dejándole entrar en sus vidas.



Fray Manuel Santos Sánchez O.P.
Convento de Santo Domingo (Oviedo)

Homilía de La Sagrada Familia

Año litúrgico 2018 - 2019 - (Ciclo C)

“¿No sabíais que yo debía estar en la casa de mi Padre?”

Introducción

En medio de estas celebraciones de Navidad, donde los buenos sentimientos, los reencuentros, los deseos de paz y armonía parece que nos llenan el corazón más que en ningún otro momento del año, nos encontramos a la familia de Nazaret. Y tenemos la oportunidad de recordar al contemplarla que nuestras familias son un espacio privilegiado de amor y de cuidado, nidos de sabiduría, donde siendo niños aprendimos las cosas realmente importantes, donde nos cuidaron con amor y donde nosotros tenemos el privilegio de poder cuidar a nuestros seres queridos.

En todas las lecturas se hace presente el amor como causa y sustento de las relaciones familiares, el respeto, el cuidado, la paciencia, el agradecimiento y la confianza, no son más que caras de ese gran poliedro que es el amor. Y ese amor nos ilumina incluso ante el desconcierto o el desacuerdo y nos muestra cómo debemos relacionarnos entre nosotros con respeto y libertad.

Y Dios, en medio de todo, pidiendo su espacio, llamándonos para mostrarnos que cuando somos capaces de dedicarle tiempo nuestros horizontes se expanden, y aunque como Jesús volvamos a casa a nuestras tareas ordinarias, nunca volvemos de la misma manera si realmente abrimos nuestros ojos y nuestros oídos a su Palabra.



Julia Moreno y Maro Botica
Fraternidad Laical del Olivar (Madrid)

Lecturas

Primera lectura

Lectura del Libro del Eclesiástico 3, 2-6. 12-14

El Señor honra más al padre que a los hijos y afirma el derecho de la madre sobre ellos. Quien honra a su padre expía sus pecados, y quien respeta a su madre es como quien acumula tesoros. Quien honra a su padre se alegrará de sus hijos y cuando rece, será escuchado. Quien respeta a su padre tendrá larga vida, y quien honra a su madre obedece al Señor. Hijo, cuida de tu padre en su vejez y durante su vida no le causes tristeza. Aunque pierda el juicio, sé indulgente con él y no lo desprecies aun estando tú en pleno vigor. Porque la compasión hacia el padre no será olvidada y te servirá para reparar tus pecados.

Salmo

Salmo 127, 1-2. 3. 4-5 R/. Dichosos los que temen al Señor y siguen sus caminos

Dichoso el que teme al Señor y sigue sus caminos. Comerás del fruto de tu trabajo, serás dichoso, te irá bien. R/. Tu mujer, como parra fecunda, en medio de tu casa; tus hijos, como renuevos de olivo, alrededor de tu mesa. R/. Ésta es la bendición del hombre que teme al Señor. Que el Señor te bendiga desde Sión, que veas la prosperidad de Jerusalén todos los días de tu vida. R/.

Segunda lectura

Lectura de la carta del Apóstol San Pablo a los Colosenses 3, 12-21

Hermanos: Como elegidos de Dios, santos y amados, revestíos de compasión entrañable, bondad, humildad, mansedumbre, paciencia. Sobrellevaos mutuamente y perdonaos cuando alguno tenga quejas contra otro. El Señor os ha perdonado: haced vosotros lo mismo. Y por encima de todo esto, el amor, que es el vínculo de la unidad perfecta. Que la paz de Cristo reine en vuestro corazón: a ella habéis sido convocados en un solo cuerpo. Sed también agradecidos. La Palabra de Cristo habite entre vosotros en toda su riqueza; enseñaos unos a otros con toda sabiduría; exhortaos mutuamente. Cantad a Dios, dando gracias de corazón, con salmos, himnos y cánticos inspirados. Y todo lo que de palabra o de obra realicéis, sea todo en nombre del Jesús, dando gracias a Dios Padre por medio de él. Mujeres, sed sumisas a vuestros maridos, como conviene en el Señor. Maridos, amad a vuestras mujeres, y no seáis ásperos con ellas. Hijos, obedeced a vuestros padres en todo, que eso agrada al Señor. Padres, no exasperéis a vuestros hijos, no sea que pierdan el ánimo.

Evangelio del día

Lectura del santo Evangelio según San Lucas 2, 41-52

Los padres de Jesús solían ir cada año a Jerusalén por la fiesta de la Pascua. Cuando cumplió doce años, subieron a la fiesta según la costumbre y, cuando terminó, se volvieron; pero el niño Jesús se quedó en Jerusalén, sin que lo supieran sus padres. Estos, creyendo que estaba en la caravana, anduvieron el camino de un día y se pusieron a buscarlo entre los parientes y conocidos; al no encontrarlo, se volvieron a Jerusalén buscándolo. Y sucedió que, a los tres días, lo encontraron en el templo, sentado en medio de los maestros, escuchándolos y haciéndoles preguntas. Todos los que le oían quedaban asombrados de su talento y de las respuestas que daba. Al verlo, se quedaron atónitos, y le dijo su madre: «Hijo, ¿por qué nos has tratado así? Tu padre y yo te buscábamos angustiados». Él les contestó: «¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que yo debía estar en las cosas de mi Padre?». Pero ellos no comprendieron lo que les dijo. Él bajó con ellos y fue a Nazaret y estaba sujeto a ellos. Su madre conservaba todo esto en su corazón. Y Jesús iba creciendo en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y ante los hombres.

Pautas para la homilía

A pesar de que las relaciones familiares de las lecturas están fuertemente condicionadas por su contexto no deja de sorprendernos como apelan a lo profundamente humano, empezando por el Eclesiástico, que nos invita a pagar la deuda de cuidado que tenemos con nuestros padres. Todos nacemos indefensos y profundamente dependientes. Si sobrevivimos fue por el amor y cuidado que recibimos. Al igual que Dios creó y cuidó a sus criaturas, nuestros padres así lo hicieron con nosotros, y respetarles, escucharles y cuidarles es nuestra forma de pagar esa deuda de cuidado que todos tenemos. Debemos pararnos a pensar que cuidar de nuestros ancianos y enfermos no es una carga, es un privilegio. ¿Cuántas personas que pierden a sus seres queridos de forma abrupta, o que no puede atenderlos en su enfermedad por la distancia o por su propia salud no querrían tener la oportunidad que a veces por cansancio miramos con desgana? ¿Quién no querría tener el tiempo para acompañar a su madre en su enfermedad o su hermano en sus problemas?

El Salmo no recuerda que las bendiciones del Señor siempre generan vida, fecundidad, expansión personal. Y Dios no nos promete ociosidad, sino algo tan sencillo como comer del fruto de nuestro trabajo y ser dichosos. Que satisfacción genera el trabajo bien hecho, y todavía más cuando los frutos de ese trabajo son compartidos o benefician a las personas que queremos. El trabajo bien entendido dignifica. Cuantos problemas genera la falta de trabajo o la explotación insana que destruye los sueños de aquellos que no pueden vivir dignamente de los frutos de su trabajo.

San Pablo habla del amor como vínculo de la unidad perfecta. Más que pensar en expresiones descontextualizadas hoy en día y que son reflejo de otras épocas pasadas, pensemos en cómo construir hoy relaciones familiares plenas, inspiradas a la luz del Evangelio. Jesús genera nuevos modelos de relación desde el respeto a la identidad personal, escucha, acompaña, pregunta o responde, pero no impone, deja espacio a la persona para que haga su propio camino. Una familia construida desde el amor profundo no es aquella en la que no hay conflictos, sino aquella en la que los conflictos se resuelven desde el diálogo sincero y la confianza. Jesús mismo en el Evangelio de hoy toma sus propias decisiones, y decide quedarse en Jerusalén sin avisar a sus padres. Sus prioridades y las suyas no eran las mismas ¿Cuántas veces nos ha pasado a nosotros? ¿Cuántas veces no entendemos por qué para mi hijo o para mi madre “eso” es tan importante? El texto nos muestra cómo ser un buen hijo o un buen padre no consiste en vivir en un acuerdo permanente (que probablemente será superficial) sino en gestionar los conflictos de cada día desde la confianza que surge al saber que la persona que tenemos enfrente nos quiere y que aunque no nos entienda podemos contar con ella, y que siempre tendremos un sitio en su corazón.

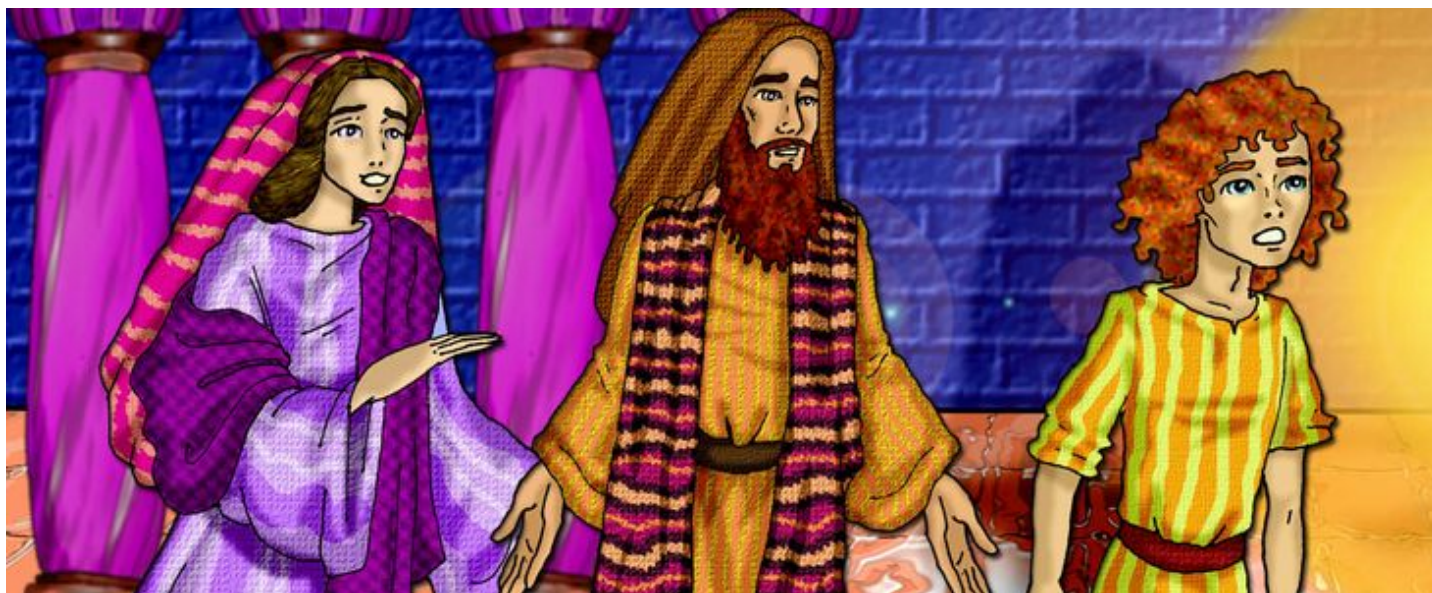
Que estos días de fiesta nos sirvan para recordar lo que es realmente importante: Jesús nace y con su nacimiento nos recuerda lo afortunados que somos porque un día todos fuimos ese niño recién nacido al que alguien cogió en brazos como un tesoro. Ojalá seamos capaces de mirar a nuestros seres queridos así y transmitirles nuestro amor, sabiendo que por muy grande que sea nuestro amor, no será más que un pálido reflejo del amor que Dios nos tiene a cada uno de nosotros.



Julia Moreno y Maro Botica
Fraternidad Laical del Olivar (Madrid)

Evangelio para niños

La Sagrada Familia - 30 de diciembre de 2018



El Niño perdido y hallado en el templo

Lucas 2, 41-52

Descarga la imagen en el tamaño que quieras: [Normal](#) [Grande](#)

Evangelio

Los padres de Jesús solían ir cada año a Jerusalén por las fiestas de Pascua. Cuando Jesús cumplió doce años, subieron a la fiesta según la costumbre, y cuando terminó, se volvieron; pero el niño Jesús se quedó en Jerusalén, sin que lo supieran sus padres. Estos, creyendo que estaba en la caravana, hicieron una jornada y se pusieron a buscarlo entre los parientes y conocidos; al no encontrarlo, se volvieron a Jerusalén en su busca. A los tres días, lo encontraron en el templo, sentado en medio de los maestros, escuchándolos y haciéndoles preguntas: todos los que le oían quedaban asombrados de su talento y de las respuestas que daba. Al verlo, se quedaron atónitos, y le dijo su madre: - Hijo, ¿por qué nos has tratado así? Mira que tu padre y yo te buscábamos angustiados. El les contestó: - ¿Por qué me buscábais? ¿No sabíais que yo debía estar en la casa de mi Padre? Pero ellos no comprendieron lo que quería decir. El bajó con ellos a Nazaret y siguió bajo su autoridad. Su madre conservaba todo esto en su corazón. Y Jesús iba creciendo en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y los hombres.

Explicación

Jesús y sus padres iban a Jerusalén cada año, en peregrinación. Y el año que Jesús cumplió doce, ocurrió algo singular. Después de pasar los días previstos en Jerusalén, y comenzado el regreso a Nazaret, a Jesús le echaron en falta en la caravana con la que volvían a casa sus familiares y amigos. María y José seguros de que el niño no iba con ellos, dieron la vuelta a Jerusalén, y después de bastante tiempo le encontraron en el Templo, hablando con personas mayores, muy entendidas en asuntos de la ley y la religión de los judíos. Estaban admirados de sus palabras. María le dijo: Hijo, ¿por qué nos tratas así? Y Jesús le contestó: ¿No sabéis que debo estar pendiente de las cosas de mi Padre? No le entendieron muy bien lo que quiso decirles. Pero Jesús bajó con ellos a Nazaret y siguió a su lado, creciendo en edad, saber y bondad.